

CÉSPEDES Y MENESES, GONZALO DE (1585?-1638)

EL DESDÉN DEL ALAMEDA

Historia, sucedida en Sevilla

CAPÍTULO I

Empieza el caso sucedido en Sevilla

Poco más puede haber de cincuenta años que vivió en esta ciudad Claudio Irunza, hombre noble y cargador de los más opulentos y ricos que ha tenido la Europa; pues llegó el valor de su hacienda a un millón, y el de su crédito y confianza a mucho más.

Este, aun pasando ya de los cuarenta, casó en Méjico con una principal mujer, hija de otro poderoso mercader vizcaíno, con quien, demás de sus virtudes y hermosura, llevó en dote cien mil ducados; cosa por cierto, si no increíble, digna de admiración que en hombre particular se juntase tal máquina de hacienda, y que tan a banderas desplegadas repartiase con él la inconstante fortuna de sus bienes. Pues realmente si hubiera de ellos gozado larga vida, venerable vejez, pudiéramos contarle entre los más dichosos que la fama celebra.

Mas como las riquezas temporales, los contentos mundanos, traen consigo tan amargos descuentos, raros han sido los que en ellos no hayan experimentado esta verdad. Así nuestro Claudio, reconociendo, como ahora sabréis, su inconstancia y fragilidad, casi en el fin regocijado de sus bodas le saltó el de sus días, dejándole en catorce, que estuvo enfermo, sin hacienda, sin mujer, sin criados, sin amigos y sin vida.

Ocasionóse esta última miseria de lo que con mayor razón debieran aumentarse sus alegrías; porque fue el caso que aun no siendo en Méjico pasados tres meses de su casamiento, como su esposa sintiese en la novedad de los accidentes desabridos la preñez con que su persona poco a poco iba agravándose, entendida tan buena nueva de sus deudos y marido, queriendo celebrarla con más exageración, concertaron unas grandes fiestas, de quien desgraciadamente resultó su muerte. Porque habiendo querido por honra de aquellos regocijos, que eran juego de cañas y valientes toros, ser uno de los que en ellas se hallaron, el rico Claudio, no sólo a despecho de su esposa no se contentó con haber andado en las cañas, mejor que su ejercicio prometía, sino que asimismo, como quien ya pretendía con semejantes actos oscurecer tales principios, se dispuso, acompañado de criados y pintados rejones, a meterse entre aquellos furiosos animales, como en efecto lo hizo; mas con tan triste suerte que, a la primera vista, lloraron en él los presentes el mismo suceso que en la plaza de Alba aconteció a don Diego de Toledo; si bien lo que en aquel fue suma desdicha, en Claudio Irunza fue poca destreza y menos

experiencia; porque al meter en el toro el agudo rejón, quedó tan incorporado y desigual que, cuando le quiso romper con el ímpetu y fuerza de la indomable cerviz, debiendo sacar el cuento al diestro oído, siendo al revés, él mismo se hizo pedazos, el rostro y con tan grande ruina que ni a su golpe hicieron resistencia los cascotes.

Cayó a los pies del caballo sin sentido, de adonde habiendo muerto su feroz homicida, corta venganza en tan terrible daño, levantando el desmayado cuerpo, dieron sus criados principio con sus lágrimas a las exequias que después se le hicieron; no obstante que, volviendo en su acuerdo, en el término referido de su enfermedad, haciendo testamento, dejó en él por heredero universal de sus riquezas al póstumo que vivía en las entrañas de su esposa, a quien en defecto de salir a luz, nombró también, en el mismo grado, con condición que no se casase y, no cumpliéndola, diferentes legados y obras pías, en que se despendiese.

Quedó, con tanto, la hermosa dama casi antes viuda que casada e imposibilitada, por no perder tan absoluto poderío, de las segundas bodas; y sí con muchas lágrimas, no del todo desconsolada en la esperanza de sucesión, la cual cumplido el tiempo destinado, fue de una hermosa hija, con quien mitigando el sentimiento de su difunto esposo, resuelta a cumplir su última voluntad, vivió contenta; y así desde a diez años, habiéndose en ellos muerto sus padres, quitados tales inconvenientes, por no faltar a tan grande hacienda como en Sevilla estaba, en no buena administración, haciendo barras la que en dote la cupo y la demás herencia, felizmente embarcándose, llegó con toda al famoso puerto de Sanlúcar, de donde acompañada de amigos y deudos de su marido entró en Sevilla y en la deseada casa y familia que la esperaba.

CAPÍTULO II

Resiste honesta diferentes empleos la esposa del difunto Claudio y prosíguese el cuento

Aquí, pues, rica, poderosa y generalmente venerada, asistió alegre, creciendo, en tanto, al peso de sus tiernos años, la rara y peregrina belleza de su hija; cuya inestimable posesión, por tantas razones deseada y pretendida de muchos y grandes personajes, aun tan fuera de tiempo, comenzó a darla no pequeños enfados e importunaciones. Siendo también las que por su propio casamiento la hicieron de condición tan apretada que, como, no obstante el ser moza, desease perseverar en la fe de su primer dueño, la fue fuerza, para mejor huir semejantes inquietudes, retirarse a una pequeña aldea, en quien sorda a infinitos combates, hasta que del todo se entendió su determinación casta y honrada, otros dos años entretenida, tanto en la disposición y aumento de su grande hacienda, cuanto en la educación, recato y virtuosas costumbres de Floriana (que este era el nombre de su hija), como la que pensaba, y no sin graves causas, que en ella se criaba digno sujeto de sus altivos y soberbios empleos.

El caballero que antes de esta ausencia, y en la mayor perseverancia de ella, insistió más en la pretensión de esta señora viuda, fue don Pedro de Castilla, mayorazgo grandioso y nobilísimo y con quien, según se dijo entonces, estuvo muy adelante el concertarse; si bien el amor de su hermosa hija, y el considerar que no sólo la perdía en casándose, sino

la posesión de tal riqueza, hubo de contrastar a sus deseos y poner en silencio tales pláticas. Aunque así mesmo, porque todo se entienda, hubo de parte de don Pedro no pocos defectos e inconvenientes que impidiesen su gusto; y no el menos advertido y considerable, el de su desvanecida y soberbia condición, con lo cual se juntaba el estar este caballero en Sevilla infamado, y no sin culpa, del implacable odio con que trataba a un hermano suyo; cosa que aunque entre particulares naciones bárbaras sea costumbre, al fin son bárbaras, al fin viven desnudas del amoroso afecto que se engendra y produce en la afinidad de la sangre. Pero entre cristianos y hombres de razón y discurso, si no es, faltándoles estos atributos, júzgase por impiedad y afrenta.

Digo, pues, que teniendo este caballero un solo hermano, y hasta entonces su forzoso heredero, era tan aborrecido de sus ojos y tan mal respetado y acudido de sus obras y lengua que no había en toda su familia y casa persona más abatida, más pobre y desechada; y este ruin tratamiento, cayendo sobre un hombre semejante y mayormente por sus muchas gracias, gentileza y virtudes, indigno de él, vino a ser tan mal quisto y peor parecido que no se hablaba de otro particular en Sevilla, ni menos piadosamente afectos y lastimados había, en toda aquella poderosa ciudad, caballero o ciudadano, mercader o plebeyo que, en competencia noble, no acudiese al lucimiento, aumento y regalo de don Sancho (que este era el nombre del infeliz y bien afortunado caballero), dos atributos que, si no es advertido el aplauso del pueblo y, por el contrario, la austeridad y rigor de su hermano, harán repugnancia en cualquiera sujeto.

Esta mala opinión (proceder bárbaro), aun sin conocimiento del pobre que lo padecía, descompuso tanto como su honesta determinación el casamiento que don Pedro deseaba con aquesta dama. Si bien ella, aunque desengañándole claramente primero en su voluntad, como mujer discreta y prevenida, no del todo quiso perder la parte que en él tenía, ni el rendimiento y vasallaje que su alma le había hecho; antes, mostrándosele cautamente agradecida (aunque vivía satisfecha de que para su hija sobrarían maridos), le hizo entender que gustaría se emplease en servirla; empeñándole así dudosa y confusamente en esperanzas que, con su continuación y largo progreso, pudieran dar al traste con su rico mayorazgo, tales efectos causa una vana aficción, ostentación loca y gastos desproporcionados.

CAPÍTULO III

Descríbense las virtudes y partes de Floriana, sírvenla en grandes fiestas y, por su recato incomparable, grangea indignamente el nombre del Desdén del Alameda

Tendría ya en aquesta sazón la graciosa Floriana catorce años, edad tan bien lucida y empleada que, dejando aparte su peregrina y notable hermosura (dote por sí solo bastantísimo), no había gentileza, habilidad o estudio lícito a persona semejante que no estuviese en ella muy aventajado y perfecto, y esto con tan singular extremo que, aunque con la dulce música y delicada voz enloquecía los hombres, su destreza y artificio los suspendía y asombraba, y si la agilidad, labores y bordaduras exquisitas de sus manos los admiraban, no tenían más que entender, más que desear, en cualquier festín, junta o sarao que el honesto concurso de sus mudanzas y la graciosa gentileza de sus movimientos.

Sabía además no pocas letras, latinidad y retórica competente a su estado, y, sobre tantas y tan generales excelencias, siendo honestísima era igualmente un perfecto retrato de la compostura, recato y vergüenza de una doncella noble; con que, no sólo tales partes la hicieron conocida por sus muchas riquezas, sino amable, estimada y más apetecida por sus heroicas virtudes.

De esta suerte comenzó el Andalucía, digo los grandes señores de ella, a moverse en competencia y emulación a tan grande pretensión, ya algunos para sí mismos y ya otros por gusto y conveniencia para sus dependientes y deudos; y no paró en tan cortos límites la fama de este lucidísimo objeto, que, alargándose a más, no hubo en España ciudad en quien no se mostrasen los triunfos, las victorias de su hermosura, y en fin Sevilla, por tan honrosos huéspedes, estuvo largos días hecha grandiosa corte y divertidos sus ricos tratos en regocijos y fiestas continuadas, no habiendo en todas ellas quien a muy grandes costas de su hacienda campease con mayor demostración que el enamorado don Pedro. Porque ni vistió la hermosa Florianita color que él no luciese ni gala que hasta en la librea de sus muchos criados no se admirase, ni aun flor pintada de sus ricos tocados que no sirviese de artificioso enigma, hasta en las adargas y motivos de sus alegrías, haciendo punta en aquestos extremos a los más persuadidos por su grandeza o partes en la pretensión de su dama.

Vivía, en el ínterin que estas cosas pasaban, el pobre de su hermano miserablemente afligido y sobremanera afrentado más que nunca; porque, no obstante que, siempre generalmente amado y favorecido del pueblo, en cualquier fiesta ninguno más que él se aventajase, así en caballos, galas y jaeces, como en la estimación y aplauso de sus acciones, como todo este adorno en su discreción parecía venir violento y forzado, si ya no por la voluntad de los que largamente con él partían sus haciendas, por el vergonzoso y noble pecho con que eran admitidas, no pudo pasar más adelante en semejante vida. Y así, no sin grande nota y sentimiento de toda la ciudad, porque de toda era acariciado y bien visto, se retiró y encubrió en su casa a todas estas últimas fiestas y regocijos, en quien don Pedro, por su ausencia, fue el más lucido, aunque no el mejor mirado; porque el trato de su hermano le había puesto en aborrecimiento común de todos.

Era, fuera de aquesto, el noble don Sancho tan mirado y cortés en los respetos de su hermano que, aunque no le movieran a ocultarse tan justos sentimientos y causas, él lo hiciera, tanto por dejarle lucir, cuanto por no ocasionarle a nuevos enfados con su presencia. Y así, aunque entendía el progreso de sus pretensiones, no sólo estaba ignorante del conocimiento y sujeto de su hermoso dueño, mas ni aun sabía su casa, ni en dos años que duraron atravesó el Alameda, ni muchas calles de su contorno, sólo porque había oído que era en aquel comedio el barrio y morada de la hermosísima Florianita. A quien en esta sazón, por su acostumbrado recato y honesto encogimiento, atribuyéndolo sus pretendientes a desdeñoso melindre o propia estimación, comenzaron por la cercanía a llamarla el Desdén del Alameda; nombre que la hizo tan conocida en el mundo, que pudiera, a ser igual mi intento, dar título famoso a aquesta historia. En semejante estado estaban estas cosas cuando, a la fama de ellas, llegaron a Sevilla los dos duques de Medina y Alcalá, deseosos de gozar en sus antiguas casas parte de tan crecidos regocijos. Y así, nuevamente alborozados y contentos, los que los fomentaban comenzaron a disponer otros mayores.

CAPÍTULO IV

Prosíguense las fiestas; la austeridad y rigor que usa con don Sancho su hermano, el hablarse los dos y su resolución

Andaba don Pedro, con esta novedad, más que nunca divertido en sus galas, inventando libreas y gastando con prodigalidad y grandeza; ocasión que en don Sancho, aumentando sus penas, apresuró el mejor remedio y salida de ellas; y así estimulado y persuadido, aun de los mayores amigos y confidentes de su hermano, dispuesto a irse a Flandes, trató de hablarle y de acomodarse con él, sin intervención de justicia, en el modo de sus alimentos, y del apercibirle y aviarle conforme a su calidad y persona; para lo cual el mayor estorbo que se le ofrecía era llegarle a hablar. Porque en su casa tenía mandado le impidiesen la entrada de su cuarto y, para sus intentos y pretensiones, no era a propósito remitirlo a la calle. Y como el noble mozo desease excusar violencias, hubo de procurar que el verle se guiase en buena coyuntura. Éralo muy a pedir de boca cogerle de noche en el acostumbrado paseo del Alameda, adonde en siendo tarde se apeaba a coger el fresco con sus amigos; los cuales habían de ser quien disimuladamente pusiesen a don Sancho en ocasión que a solas tratase su pretensión con don Pedro.

Efectuóse a gusto esta diligencia de los que la deseaban; porque llegando él a buen tiempo, y atravesando pláticas con su hermano, aunque se le hizo nueva y áspera tal correspondencia, temiendo dar mayor motivo a los que le acompañaban, disimuló; y sin poderlo excusar, viendo que pedía a los demás licencia para hablarle, y que todos alegres se la concedían, hubo de quedarse paseando con él y atender, aunque a su pesar, a estas tan discretas cuanto bien comedidas razones.

-Doce años ha, hermano y señor mío, que aun sin tener yo los seis de edad, faltando nuestros padres, quedé amparado de vuestra sombra, teniéndoo, desde entonces, en el respeto y lugar que a ellos. Y sabe Dios que en todo aqueste tiempo, deseando sobre todas las cosas vuestro agrado, no he presumido en secreto, ni en público, acción ni pensamiento que degenerase de vuestra sangre, ni que me hiciese indigno de vuestra gracia; si bien no sé por qué contraria estrella mía ha muchos tiempos que estoy tan fuera de ella, que no sólo se me ha negado el alivio y consuelo de vuestra vista, pero lo que más puede causar admiración y lástima, el vestido y adorno de mi persona, y aun el pequeño y moderado alimento suyo; cosas que por ser tan inexcusables y precisas, y mayormente por no daros enfado, he procurado suplir hasta hoy afrentosamente, o ya valiéndome de nuestros deudos o ya de amigos mercaderes y ciudadanos que, condolidos de tanta calamidad, la han remediado. Y pongo ahora por testigo a los cielos que hiciera lo mismo en la ocasión presente, y me valiera de esa diligencia, antes que llegar a cansaros, si el natural empacho, si la vergüenza noble, que con los años y mejores discursos me han abierto los ojos, no impidieran tan poco honrosa salida. Hasta ahora parece que mi poca edad podía disculparla; pero ya que alcanzo lo mal que está a vuestra reputación, no permita Dios que yo la infame ni amancille: soy vuestro hermano, e hijo de unos mismos padres; ellos me dejaron hacienda y joyas que, con los alimentos de vuestra obligación, pueden sustentarme, si no en Sevilla, honradamente en Flandes, donde sus alteraciones pueden servir de empleo a los hombres de mi suerte; y así, con esta determinación, y

seguro de que a pensamientos tan honrados habéis de ayudar con generoso espíritu, he querido proponéroslos, para que con mayor voluntad, pues tenéis mi hacienda, se disponga la jornada y el modo que se ha de tener en acudirme en aquellas provincias. Además de que es muy justo que así en ellas, como en cualquiera parte, luzca en mis obras el esplendor de ser hermano vuestro y segundo de la ilustre casa de nuestros padres.

Aquí dio fin don Sancho a su breve y proporcionado discurso; y ciertamente que en cualquiera sujeto que le tuviese de hombre, lastimara y moviera a más graves efectos; no obstante que fueron bien contrarios y disformes los que en don Pedro ocasionó esta justa demanda, el cual, reventando de ira y soberbia loca, aun mucho antes que don Sancho acabara, quisiera el haberle vuelto las espaldas; y si no lo ejecutó dejándole sin respuesta, no fue por más estimación, sino por parecerle conveniente dejar decididas con su desengaño las pretensiones honradas de su pobre hermano; y así, con tal resolución, en viéndole callar, con fingida risa le respondió como se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO V

Responde ásperamente a su hermano don Pedro y él, irritado justamente, satisface su injuria.

No sé para qué ha sido cansarme, dijo don Pedro, con tan estudiada arenga, ni apartarme de la conversación de mis amigos, a oír tanta necedad; pues con un memorial que se me diera se hubiera excusado mi enfado, y vos tuviérades satisfacción bastante. Don Sancho, que queráis o no emplearos en Flandes, sirviendo al rey o en vuestros pasatiempos; ni que por mi reputación estiméis vuestros lucimientos, ni que por la misma causa procuréis excusar favores y ayudas poco honrosas en mí, de todo aquesto he hecho siempre tan corta reflexión que pienso que hasta ahora no me ha quitado el sueño, cuanto y más reparado en que vuestras desórdenes y bajezas puedan oscurecer mi estimación. Pero dejado esto a una parte, lo que yo sé deciros al presente es que nunca los hermanos segundos que tienen la mucha honra que vos blasonáis pretenden de sus mayores licencias tan costosas ni gastos tan fuera de propósito; antes, deseando como nobles y honrados que en ellos resplandezca la grandeza de sus progenitores y cabeza de su casa y linaje, o procuran ejecutando lo que vos proponéis aliviarles de carga, o profesan alegres tomando el hábito de alguna religión.

Mas intentar lo que en vos reconozco, pedir hacienda, importunar por joyas o enflaquecer con alimentos el mayorazgo, es muy contrario de estos justos propósitos y muy ajeno de lo que, viéndome embarazado en tan altas pretensiones y gastos, debiera esperar de vuestra obligación. Mas no sin causa, no sin particular misterio ha puesto el cielo en mi alma tan grande austeridad y contradicción a vuestras cosas, pues es llano, es certísimo, que a haber en ese pecho sangre de mi difunto padre, ni en mí faltara el natural afecto que os repugna, ni en vos el miramiento que en tales casos os obligara a ser mi hermano, y no mi mayor émulo.

Con esto, sin esperar otra réplica, volvió don Pedro furioso las espaldas. Y sin duda dejara interrumpida la proposición de su afligido hermano, si él, con desacostumbrada alteración de tal respuesta, y más de las finales razones de ella, no le tuviera de la capa:

acción con que la soberbia de don Pedro, poniéndose en más cólera, acabó de reventar, brotando el veneno de sus entrañas entre afrentosas injurias: repitiendo sin término ni juicio aquella última y vil resolución de que no era hijo de su padre, sino exceso afrentoso de su honrado lecho. Soltóle, oyendo tan infames, tan nefandas razones, el pacientísimo mancebo, mas no con el sufrimiento y cordura que hasta entonces había mostrado, porque antes fue tan implacable la ira y furor que de él se apoderó, luego que oyó repetir mancillas tan indignas y afrentosas, y que sus blanduras y humildades hubiesen alentado tan grave atrevimiento que, sin más esperar, ciego y loco con pasiones tan justas, volviéndose a don Pedro, empuñada la espada, en alta voz le dijo:

-Ea, pues, infame caballero; yo soy contento de no ser vuestro hermano, y pues, al paso que me libráis de tan justos respetos, me obligáis juntamente a la defensa de mi honrada madre, callad la lengua y aventajad los brazos, en tanto que os la cortan mis manos, si bien será venganza poca, respecto de la injuria.

Y repitiendo aquesto, en un instante, aunque al principio don Pedro intentó defenderse con libertades y palabras viles y después, apretado, con sus armas, siendo todo corta defensa, cubierto de su sangre, y casi hecho pedazos por las muchas heridas, se halló en un punto sin sentido en el suelo.

Habían, cuando los dos hermanos comenzaron su plática, apartándose sin sentir tan a lo largo de la demás compañía, que casi este impensado accidente les vino a hallar por lo más alto y superior del Alameda, y gran trecho apartados de sus árboles; y con todo esto, no faltó alguna gente que, al ruido de las espadas y confusos gemidos de don Pedro, no acudiesen volando; haciendo igual diligencia sus amigos, aunque unos y otros tan tarde, que ya estaba dispuesto el mal recaudo, y don Sancho, rompiendo por los ministros de justicia, que nunca faltan en tales ocasiones, ya en parte con algunas espaldas, y ya dándole lado, no hubiese en un momento desaparecido.

Y fue el caso que cogiendo la primera calle, hallando a pocos pasos abierta la puerta de una grandiosa casa, arrojándose en ella y cerrándola con una fuerte aldaba, sin ser de nadie visto, aseguró algún tanto su temor; del cual regido, pareciéndole que el ruido y concurso de la calle era todo en su busca y seguimiento, sin reparar en lo que hacía, viendo una pequeña luz al fin del zaguán, guió hacia ella; y hallando un cancel abierto, se entró en la primera cuadra, en quien durmiendo y en mortal descuido, miró una esclava encima de unos cajones, cosa que le hizo presumir aguardaba gente de fuera; con que alentando el paso, sin más considerarlo, de un aposento en otro, y de una sala en otra, y sin ser sentido de algunas personas, que a la confusa luz que entraba de la luna, por unas altas rejas, vio en diferentes lechos reposando, vino a dar con su cuerpo en unos largos y espaciosos corredores, y de ellos en otro rico cuarto, y sin comparación más adornado con preciosas colgaduras y diferentes arreos. Del cual (cosa que espanta, siendo de noche y con tan breve luz), salió a una galería cubierta de tanto oro, así de los marcos de diversas pinturas como de los follajes y mazonería de sus bóvedas, que no echó menos a los rayos del sol.

CAPÍTULO VI

Admirables sucesos de don Sancho huyendo de la justicia

Estaba toda la galería, a concertados trechos, llena de ventanaje que caía a un ameno jardín. Corrió don Sancho brevemente, admirado tanto de su gracioso adorno cuanto de ver que en la pared frontera de una puerta se divisaba un resquicio de luz; con que perdido ya aquel temor primero, no parando hasta ella, apenas la tocó, cuando abriéndola, se halló en una cuadra cuya riqueza y curiosidad, siendo admirable, interrumpió algún tanto el verse en un instante salteado y hecho salteador de la más notable aventura que hasta entonces vieron sus ojos. ¿Quién le dijera a aqueste caballero que en una noche tan rigurosa y llena de peligros para su vida hallara tales desenfados y alientos? Por cierto, los acaecimientos de los hombres son notables, y la Providencia superior que los gobierna, asombro digno de toda reverencia y estimación. Veráse cuerdamente este infalible efecto, antes que demos fin a nuestra historia.

Y así, volviéndonos a ella, digo que aún no había don Sancho puesto los turbados pies en aquel aposento, cuando impensadamente se vio ofuscado y casi sumergido entre los blandos rayos de unos divinos ojos; y esto, con tanta fuerza y enajenación, que en buen espacio no pudo discernir en que realmente la verdadera luz que alumbraba aquel puesto era una blanca vela que, en un candelero de plata, bufete de lo mismo, daba alma a un libro en quien leía aquel objeto hermoso que Capítulo VII

Degenera don Sancho en el proceder noble, y con violencia goza de la ocasión.

No excuso en aquesta sazón el suspender mi historia a una breve consideración, pues es sin duda que, a no dejar digeridas las muchas que pueden ofrecerse, fuera poner en contingencia la verdad y no facilitar sus repugnancias; porque realmente no dejara de parecer terrible confianza o suma libertad la que contemplo en esta hermosa dama, de quien, si ya por los requisitos, grandezas y esplendor con que la he pintado, queda desvanecido el último defecto, todavía el primero arguye poco juicio y menos experiencia, pues le fuera más fácil, a no ser esto así, el llamar a su gente y hacer poner en cobro aquel hombre, que animarse a ejecutarlo por sí sola, con tan disculpable materia a cualquiera exceso.

Esta objeción, a mi ver no pequeña, ha suspendido muchas veces la pluma, hasta que más atento di en la excusa que más verdaderamente pudo favorecerle; porque es creíble que la afligida dama, viéndose en tales términos, consideró profundamente que del llamar sus padres o criados venía a incurrir en una irremediable y evidente sospecha y, por el consiguiente, en el daño mayor que podía temerse; porque es caso certísimo que hallando en su aposento hombre de tales prendas, ni su honestidad dejara de quedar en opiniones, ni su fama en terrible detrimento; y así, con más prudencia que prometían sus pocos años, eligió el menor riesgo, fiándose de aquél que por el mismo suyo había de callar cualquier fracaso, antes que de los muchos criados que a sus voces era fuerza acudiesen; además que tampoco don Sancho, temiendo su peligro, se lo permitiría ni excusara el estar muy sobre aviso; con que ciertamente ella, según el estado presente, había elegido buena resolución, si como en este caballero resplandecían muchas y grandes excelencias, hubiera la abstinencia y castidad sido de semejante número.

Mas porque se conozca lo flaco y débil de nuestra ruin naturaleza y cuán poco debe nadie fiarse de su esfuerzo sin ayuda y favor del cielo, por más ajustado que nos parezca, y de más perfecciones y virtudes, diré de éste, a quien con general estimación y aplauso daba Sevilla el título de mayores requisitos, teniéndole por espejo de su juventud, por ejemplar virtuoso de sus costumbres, la facilidad de su caída, el defecto que ocultaba en su pecho y la ruina que causó su inconstancia; pues cuando más pudiera lamentar su peligro, así precipitado y ciego se dejaba despeñar en otros nuevos y en su tanto mayores.

Lloró tierna y amargamente la verdad de su costosa experiencia la hermosa dama, de cuya vista, rendido torpemente, apenas acabó de contarla su historia, cuando valiéndose de la ocasión que más debiera agradecer, atrevido y descompuesto, la dejó sin honra. Cosa que no sé cómo en medio de tan grandes cuidados y temores pudo emprender un hombre de razón. Ello, en fin, pasó así, quedando en el de su lascivo intento la forzada señora desmayada, y él tan arrepentido y afrentado (efecto de su yerro y pecado), que sin tener ánimo ni cara para esperar las quejas lastimosas que el caso prometía, subiendo de una reja a las almenas del jardín, a todo riesgo de matarse o dar con la justicia, se dejó derrumbar; y en cogiendo el suelo, sin atender a tomar siquiera alguna muestra, o señas de la casa en quien había ejecutado semejante destrozo, se metió en la ciudad atravesando calles y cruzando plazas; y librándole su fortuna de tantos como lo buscaban, llegó en salvo a la puerta de dos grandes amigos suyos, mercaderes flamencos y hermanos de los más poderosos y ricos de Sevilla, adonde, habiéndole sus criados conocido, y siendo avisados, salieron a recibirle con entrañable amor.

Contóles brevemente su desgracia, y cómo entendía quedaba en ella muerto su hermano, y juntamente les pidió le amparasen; razón que, sin encarecimiento, estimaron en más que el mayor acrecentamiento de sus tratos y hacienda; y así, sin temor de su daño, gratos a la elección y confianza, desde luego encargaron la importancia de tal secreto a la familia y, agasajando al huésped, le hicieron cenar y reposar hasta el siguiente día que, con disimulación y cordura, hechos exploradores del suceso y estado de don Pedro, entendieron que él aún no había vuelto en su acuerdo, y que las justicias de la Audiencia y Asistente buscaban al matador con tanta diligencia que, tomadas las puertas, los pasos, los caminos, no dejaban piedra en sepulcro, ataúd ni bóveda, cuyos huesos no revolbiesen, ni secreto lugar, iglesia y convento, que una y muchas veces no trastornasen e inquiriesen, sin perdonar las casas de sus deudos, amigos y allegados. Los pregones eran temerosos, las amenazas terribles; y en fin, todo era rigor, todo apercebimientos y cuidado; si bien en sus nobles pechos antes aumentaron con esto nuevos deseos de acudir a su huésped, favoreciéndole o muriendo en la empresa; y realmente ellos anduvieron tan generosos en el discurso de su determinación como oiréis, y tanto, que a no tener yo larga experiencia del aliento y despejo con que emprenden semejantes acciones los nobles de aquella belicosa nación, dudara de escribir la que tenemos entre manos.

CAPÍTULO VIII

Los dos amigos, amparando a don Sancho, facilitan su fuga, mientras su hermano vuelve de las heridas en su acuerdo

Finalmente, aunque por el desasosiego de don Sancho quisieran encubrirle tan graves prevenciones, no pudieron, viéndole que importuno deseaba salirse luego de Sevilla; y así, advertidas tales dificultades, hubo de reprimirse y dejarse gobernar de sus buenos amigos, a quien es muy puesto en razón demos tan honroso título; pues considerada la ocasión en que se mostraba, a cualquiera menos fino en quilates hiciera, como dicen, temblar la barba.

Era don Pedro de Castilla, como habéis entendido, uno de los grandes y calificados caballeros del Andalucía; y esto, junto con el riquísimo mayorazgo de que era dueño, no obstante su condición soberbia, le tenía puesto en estimación y predicamento grandísimo: además que, aunque toda la ciudad disculpaba a don Sancho, cierta (aun ignorándose lo secreto del caso) de que hubiese indigna y afrentosamente sido irritado a semejante exceso; como quiera que la justicia tiene obligación a proceder por diferentes términos, y puesto en sus procesos y preámbulos sonaba el matar un hermano a otro fea y detestablemente, y más por materias de hacienda, es sin duda que, a caer en sus manos, la cabeza del reo corriera notable riesgo.

Estaba aún hasta entonces don Pedro sin sentido, acribillado con horribles heridas, desangrado y en evidente peligro de morir; porque aunque sus amigos lo acudieron con priesa, como todo fue tarde, ni el restañarle brevemente la sangre que perdía por tantas bocas fue parte a que dejase de verse casi en los umbrales de la muerte; aunque siendo el cielo servido de que al segundo día volviese en todo su acuerdo, las esperanzas de su hermano se mejoraron; y aun las diligencias y prevenciones de la justicia hicieron pausa; y así, en sabiéndose esta buena nueva, se acudió a su declaración; porque hasta aquel punto, con su desfallecimiento, todo fue a ciegas y por conjeturas en lo escrito. Hízola el herido don Pedro verdadera y fiel; y si fue a su pesar, cierto sería temer la estrecha cuenta que según el peligro le estaba amenazando; y así tomando fuerzas el crédito y opinión de su hermano, en breves días asegurado de sus nobles amigos, y llevando adelante el presupuesto que tan gran quiebra había ocasionado, se embarcó en una urca flamenca, con tan dispuesto avío, que ni sus padres, viviendo, se le ordenaran más rico y regalado.

Hiciéronle bizarros vestidos, plumas vistosas, galas de soldado y costosa ropa blanca; y juntamente le dieron quinientos escudos y letras para que sus agentes le acudiesen al mes con otros cincuenta; y con tanto y cartas importantes a sus deudos y amigos, le enviaron a Anvers; con que no sé yo adonde más pudo alargarse el ánimo el extremo de unos hombres particulares, de dos hermanos y amigos verdaderos. No pienso que estos tales se hallaran hoy en el mundo; y aun sospecho que entonces no se inclinaban tan fuertemente menos que compelidos de alguna favorable simpatía que desde este punto mostró piadosa su invencible poder en cuantas acciones, pasos y movimientos ejecutó don Sancho; el cual, puesto ya en aquellas provincias, a pocos días su generoso y gallardo espíritu se hizo bien conocer, así de los naturales como de la milicia belicosa que a la sombra del excelente duque de Alba contrastaba la fuerza de los alterados países.

CAPÍTULO IX

Gran valor de don Sancho en los Países Bajos; favorécele el Duque, y por honrarle le vuelve a enviar a España, en tanto que en Sevilla corren varios sucesos

Mostróse tan cortés, tan llano y socorrido el valiente andaluz, que no había en el ejército príncipe ni señor que no le honrase, ni soldado de estimación que no se preciase de su lado y posada. Llegó esto a noticia del Duque; y como la virtud del ánimo no puede largo tiempo encubrirse, así deseando en don Sancho salir a luz en las primeras ocasiones que le empleó, que fue la toma de Mons de Henao, en sus asaltos, arrastrando una pica, la enarbó el primero, a pesar del contrario, en sus mismas almenas; y prosiguiendo tan honrados principios, después, en diferentes trances, hizo igual experiencia, y en la famosa rota que se dio al enemigo, prendiendo a su general Mos de Genlis, él fue quien, aclamando la victoria, anticipó el suceso, y quien, mediante su esfuerzo y valentía en aquel memorable Esguazo de Targoos, singular ejemplar para el de Cirquizca, dio a España honor eterno y a lo restante de la tierra, con semejante hazaña, admiración y espanto. Y éste fue, así mismo, quien en singulares y peligrosos desafíos por la preeminencia y honra de su nación, saliendo victorioso, la dejó en iguales respetos y opinión que el portugués Viriato; y últimamente, él fue quien y por quien los ejércitos del Duque vivían quietos, pues en la variedad de sus compuestos fue siempre la absolución de sus duelos y dudas, el montante de sus peticiones, amparo de sus riesgos, remedio de sus necesidades y el amigo y compañero de todos.

Con que no solamente vino a hacerse amable y famoso en aquellos países, sino en toda España, adonde habiendo llegado por diferentes medios al Consejo de Guerra sus servicios, y por el consiguiente a los oídos y noticias de aquel potentísimo príncipe y monarca Felipe II, prudente apreciador de tales méritos, deseó mucho verle y remunerarle según su grandeza, y así lo dio a entender, remitiéndole por su medio del Duque un hábito de Santiago, ventaja y conducta de caballos; en cuyo ministerio, habiendo servido algunos años, no con menor aplauso, antes con nuevos casos y dichosos sucesos, aumentó su opinión, y el amor y agasajo del excelente Duque. De manera que, sabiendo el deseo y gusto de Su Majestad, con el primero aviso conveniente a su calidad, se le envió a España en quien, y particularmente en Sevilla, estaba su fama extendidísima; porque los dos amigos flamencos, con quien siempre fue su correspondencia y amistad en aumento, no dejaban perder lance ni suerte con que no aplaudiese la ciudad, y con que ella no se engrandeciese y alegrase dándoles el pláceme; no obstante que para don Pedro, su hermano, que ya estaba sano de las heridas, aunque con sus cicatrices y costuras, manco y disforme, eran semejantes nuevas mortales flechas que atravesaban su alma.

Había el odio y rencor envejecido con su acaecimiento, y juntamente con el dolor continuo que, cada día, mirándose al espejo, le refrescaban las señales del rostro, endureciéndose en su alma de suerte, que ningunos respetos bastaran a reconciliarle con don Sancho. El cual también, por su parte, aumentando esta pena, con poderes que remitió a sus dos amigos, había fomentado el pleito de la hacienda, que le tenía usurpada, y de los alimentos pretendidos; y aunque bien defendido, diligenciándolo con larga mano tales agentes, y por otra parte cartas y favores del Duque, y sobre todo su justicia, tuvo tan buen efecto que, en todas instancias, condenaron a don Pedro en la restitución de frutos y réditos de lo uno y en mil y quinientos ducados de alimentos, con que se fue allegando tan gran suma que le fue bien preciso, para su recompensa, estrecharse en sus gastos, y

aun deshacerse de sus mejores joyas y preseas; porque, obstinado y terco, no quiso que de mano de su hermano se le hiciese en la paga la mucha comodidad que le ofrecieron los dos amigos.

Con esto don Sancho se vino a hallar con más de treinta mil ducados, y sus alimentos, gajes y hábito. Y don Pedro, lleno de mil ponzoñas, y aunque empeñado, contento en parte por ver que su casamiento, por tantos años pretendido y deseado, andaba ya en términos de concluirse. Había en tal particular corrido con diferentes rumbos y accidentes; ya unas veces con próspera fortuna, y ya otras con tormentas y borrascas deshechas.

Zle tenía suspendido. El cual, viendo tan temeroso acaecimiento, queriendo dar voces, a la primera despertó a don Sancho que, reconociendo su peligro si aquel ángel alborotaba la casa (que hasta entonces aún dudaba fuese mujer mortal), acercándose al precioso lecho en que estaba acostada, procuró suspender su temor, asegurándola como mejor el suyo le dio lugar; si bien importara poco esta diligencia, si abriendo más los ojos no reparara el daño y acudiera con descorteses muestras y amenazas al remedio; con que la triste dama, eclipsado el más hermoso rostro que miraron mortales, estando casi muerta, hubo de reprimir su voz, comenzando, viéndose en tal aprieto, un muy amargo llanto, que enterneciendo nuevamente el pecho de don Sancho, no excusó el mitigarle, satisfaciéndola con decir en forma siguiente el origen y causa que le había traído.

CAPÍTULO X

Prosigue en sus empleos don Pedro de Castilla, y en el ínterin vuelve a Sevilla por mandado del rey su mismo hermano

Díjose, casi generalmente, en Sevilla que a la honesta y hermosísima Floriana, desde la noche que don Pedro fue herido, no se le miró el rostro alegre; y inquiriendo motivos, unos juzgaban su tristeza respecto de las defectuosas cicatrices, y otros por la arruinada mengua de su empleo. Y si va a decir verdad, de la ocasión redundaban sus mayores sentimientos, y con tan grande extremo (bien que guiados por desiguales y secretos caminos) que, no queriendo admitir ninguno de los muchos y aventajados casamientos que se le proponían, los más de ellos, perdida la esperanza y ofendidos de su ingratitud, desistiendo en su pretensión, dejaron perseverante en ella a su primero amante, con quien, aunque naturalmente le aborrecía su afligida madre, a falta de buenos, hubo de ponerse en plática.

Sentía entrañablemente la noble viuda considerar su hermosa hija en edad de veinticinco años, y que aun en ellos su austera y desdeñosa presunción la hubiesen puesto en término incasable, y por la misma causa, despintándosele graves y altos sujetos, que a haberlos ella apetecido, lo menos fuera tener entonces un título su casa; y además de esto, conociendo sus resoluciones y tristezas continuas, no tenía por buen medio apretarla ni persuadirla con mayores violencias, juzgando que, si las emprendía, se le metería en algún convento, como diversas veces había intentádolo con que, perdida la esperanza de sucesión en su casa y herencia, no sólo contaba por perdida la grandiosa hacienda, sino

por desvanecido y desechado el fruto que por tantos tiempos había sido de todos los suyos deseado. Tales y tan justos temores la traían cuidadosa, y no sin alguna sospecha de que, según lo que se decía del sentimiento de las heridas de don Pedro, hubiese la antigüedad y continuación de sus porfías hecho en su hija algún aficionado efecto; y así, sin curarse de las grandezas a que siempre aspiró, deseaba ahora que ella se declarase y que don Pedro no se arrepintiese.

En tales términos andaban estas cosas, al tiempo que don Sancho, honrado de los grandes de España y al lado de algunos que por su mucho valor le acompañaron, entró a besar la mano a Su Majestad; de cuya real presencia agradablemente recibido, salió con una encomienda de tres mil ducados. Díjose que con alguna singularidad había admirado la valiente persona de don Sancho, con que bastó a extenderse, aun hasta Flandes, aquel grave concepto; tanto era poderosa cualquiera acción o movimiento de este príncipe, el cual, no contento con mercedes semejantes, habiendo de enviar a Sevilla un personaje de su casa que fomentase el efecto de cierto servicio, que así aquella como las demás ciudades de sus reinos le habían concedido en forma de donativo para los gastos de sus continuas guerras; sabiendo cuán bien quisto y mirado era don Sancho en ella, lo mandó proponer su voluntad y el servicio que recibiría, siendo él quien lo dispusiese; cosa que estimó el buen caballero, como era justo. Y así, alegre, obedeciendo al punto, tan sólo replicó el inconveniente que de las heridas de su hermano y del caer con él en otros mayores podía recrecerse, para que Su Majestad, informándose de la verdad y circunstancias del suceso, pusiere en ello el medio que fuese servido. Hízolo como se le pedía el prudente príncipe, y enterado bastantemente, aun con la noticia del caso, honró más a don Sancho; y no sólo mandó escribir a las justicias, sino que asimismo le dio su real cédula de amparo y seguro; y aunque, según su arriscado espíritu, de esta segunda diligencia juzgó don Sancho poca necesidad, todavía conociendo el gusto de su rey, le estimó por favor notable. Y con tanto, sabiéndose su ida, generalmente regocijada previno la ciudad o su mayor parte un gran recibimiento; de suerte, que a la entrada no quedó caballero, mercader ni oficial que no le acompañase y aplaudiese hasta su posada, que fue la misma de los nobles flamencos, sus amigos, adonde, aderezada suntuosamente, fue aposentado, y con tanta mayor grandeza que lo pudiera ser en todo el reino; porque, además de la inestimable y preciosa voluntad con que era admitido, el poder y riqueza de los dos hermanos era el más cierto crédito de la Europa. En fin, don Sancho, tomando desde luego con fervor particular el beneplácito de aquel magnífico ayuntamiento, dio principio al intento para que le enviaban; y prosiguiendo en él con prudencia y cordura, no sólo granjeó los ánimos a cumplir la promesa ofrecida, sino que por su amor y respeto la adelantaron a porfía; y de suerte, que Su Majestad se tuvo por tan bien servido, cuando lo entendió, que le mandó dar buen acostamiento y acrecentar los gajes y ventajas.

CAPÍTULO XI

Diversos regocijos festejando a don Sancho, y el suceso que en uno de ellos tuvo

Las fiestas que en este ínterin le hacía Sevilla eran por otra parte tan continuas y alegres, que pocos días se pasaban sin que, o ya en una plaza, o ya en otra, se corriesen toros o dispusiesen diferentes regocijos; entre los cuales sus dos caros amigos, no queriendo en

alguna demostración quedar cortos, trazaron a su usanza un alegre festín, en quien hallándose particularmente lo mejor de su nación, no quedó dama en Sevilla de calidad y cuenta que, ya de embozo o descubierta, no le honrase con su presencia.

Hubo en él notables aventuras, ingeniosas letras, invenciones y máscaras; y, sobre todo, un hermoso teatro de bizarros embozos que, sin dejar los mantos y el secreto, danzaron admirablemente, sacando muchas veces al gallardo huésped, digo, a don Sancho, blanco y fin de esta fiesta; el cual hizo en tal noche igual muestra de sus gracias y gentileza.

Entre las damas que danzaron con él, dos solas fueron las que, aventajando a las demás, pudiera su despejo dar envidia al sol mismo, si bien la una no admitió igualdad, porque en los circunstantes no hubo quien le negase el premio justo y victoria conocida. De esta dama, pagándose mucho el galán don Sancho, con singular afecto, procuró conocerla, aunque de aquel deseo y afición le libró fácilmente uno de sus amigos, diciéndole cómo era la hermosísima Floriana, y hablándole más claro, el famoso Desdén del Alameda, sujeto que, según estaba público, sería muy presto esposa de su hermano, cosa que escandalizó en oyéndola a don Sancho, de suerte que, aun con hacer encima de su cuerpo mil cruces, no le parecía bastante muestra para el sentimiento de su breve deseo; tanto estimó siempre a su hermano que ni con tales rompimientos perdió un punto el decoro a su obligación. Empero sacóle de aquesta suspensión el ver que la otra dama, que había danzado con él, habiéndosele acercado disimuladamente, brindaba con sus hermosos ojos y alguna inclinación su voluntad, con que, no rehusando el envite, en honesta conversación y plática, gastaron lo que duró el sarao, en cuyos fines, dejando concertado verse otro día en parte más segura, despidiéndose alegres y quizá alguno de los dos engañado, se fueron a descansar a sus posadas.

Háseme olvidado advertiros cómo el agraviado don Pedro, sin tratar de otra cosa que de su casamiento, el cual andaba en términos de concluirse, estuvo retirado en su casa, sin parecer ni ser visto fuera de ella, todo el tiempo que a su aborrecido hermano festejaba y aplaudía aquella opulentísima ciudad; con que, entendido su encogimiento por don Sancho, noble y generosamente afligido, fue aprisa previniendo su jornada y aun muchos días antes de lo que tenía pensado, y uno de éstos, que fue el siguiente al del festín que he dicho, estándola tratando y disponiendo, siendo ya después de comer, entró un paje que le traía un papel, que sin quererle decir su dueño, viendo que esperaba respuesta, sin apretarle más, para dársela, abriéndole, leyó en él las razones siguientes:

«Si la ocasión de anoche fuera más a propósito, procurara hablaros muy despacio, porque esto ha muchos días que lo deseo; mas consolándome con tan breve remedio, su ejecución remito a las últimas horas de esta tarde, en quien os suplico, que solo me esperéis junto a San Diego, a donde en tan buenas soledades seré puntualmente en un coche con vos; y porque de vuestra fama y valor puedo prometerme mayores empresas, no os encarezco cumpláis mi voluntad, seguro de que la debéis mayor merced. Dios os guarde».

Muy alegre acabó de leer este billete don Sancho, y presumiendo al punto que, según el concierto, era de aquella dama con quien quedó aplazado, despidió el mensajero, diciéndole que cumpliría sin duda la salida y el modo con que se le ordenaba; y así, no discurriendo más en el caso, apretando la siesta, se retiró a dormir.

CAPÍTULO XII

Vese don Sancho en un grave peligro, de quien con su valor, y el de unas damas, se halla impensadamente socorrido

Aún no del todo iba el sol de caída, cuando pareciéndole hora para lo prometido, subiendo en un gentil caballo, a pocas calles mandó volver don Sancho a sus criados, y quedándose con un solo lacayo, en llegando a la puerta de Jerez se apeó; y mandándole que allí le asistiese, pasó adelante, hasta el mismo convento de San Diego; si bien en todos sus contornos, ni aun en aquel extendido campo, descubrió coche alguno; con que, pareciéndole que había acudido algo temprano, comenzó a pasearse con determinación de esperar fielmente hasta la noche. Mas a pocos pasos, casi en un mismo punto, vio asomar hacia la puerta de Jerez un coche de cuatro caballos, acompañado de cuatro o seis criados y gentileshombres que con su vista templaron el contento, que si viniera sin ellos le aumentara; y por las tapias y huerta de San Diego otros cuatro robustos mancebos, que poco a poco, acercándose a él (que de lo que sucedió estaba bien ajeno), en llegando a postura, sin hablarle palabra, sacando las espadas, le embistieron, y con tan grandes ímpetus que, a no haberlo con hombre tan experimentado en tales refriegas, fuera cierto el llevarsele en los primeros golpes. Mas halláronle, aunque descuidado, tan en sí que, como si estuviera prevenido, cual otro Alcides se revolió entre todos; pero sin duda alguna su esfuerzo y ánimo suplieran mal el impensado aprieto, porque, demás de hallarse muy desnudo, los que le acometían venían tan bien armados y seguros como el hecho pedía; y así, abriéndose de pechos, hacían el caso de sus puntas que si tuvieran una trinchera delante.

Ya él en este medio, conociendo la evidencia del daño, a fuerza de destreza sustentaba la vida, aunque no sin algunas heridas; bien que no corrían poco riesgo sus contrarios, porque deseando él vengar su muerte, arrojándose en ellos, tenía ya el uno atravesada la garganta y tendido en el suelo; con que apretado rabiosamente de los compañeros, viéndose en la última perdición, hubo de retirarse a las cercanas tapias, y asegurando en ellas las espaldas, pudo entretener su final gemido algún pequeño espacio; que éste fue el que tardó en acercarse al coche y ser reconocido de dos damas tapadas que venían en él; las cuales, advertido su aprieto, con turbación notable y mayores voces, mandaron a sus criados que le favoreciesen. Hiciéronlo así en un punto, porque además de ser seis eran todos hombres de vergüenza y respeto. Ayuda tan milagrosa como bien necesaria, y conocióse presto, pues a pequeños lances desistieron los contrarios de su empresa, y tan mal parados y heridos que los dos corrieron en los mismos términos que el que quedaba agonizando.

No hay encarecimiento que signifique bastantemente el agradecimiento de don Sancho; y así, aunque mal herido, reconociendo la parte de adonde le viniera el socorro, no paró hasta tocar los estribos de su coche, en quien halló dos mujeres, como he dicho, tapadas, que viéndole tal y casi desangrándose, con mayor sentimiento del que creía, le forzaron a que entrase en él; y así, tanto por verse ir desmayando, cuanto por el riesgo que podía acarrearle el hombre que quedaba muriéndose, sin esperar a oír de su boca la ocasión de su alevosía, juzgando que sin duda la dama del concierto y billete la hubiese fomentado,

y aun pasándole por el pensamiento que fuese la misma que burló la noche funeral de su desgracia, teniendo en más haberse librado, obedeció a las que entonces debía tan buena suerte; aunque tan flaco y sin alientos respecto de la sangre vertida que, al arrojarle en el estribo, juntamente se quedó desmayado en el regazo de las piadosas damas.

Las cuales, con nuevos sentimientos y lástimas, mandaron que por la puerta de Carmona diesen a toda prisa vuelta a la ciudad, como, en fin, se dispuso, y con tal brevedad que, con hallarse bien lejos de su casa, antes de anoecer estaban en ella, don Sancho curado y restañada la sangre, aunque a poco rato, volviendo en sí, no sin grande admiración se halló en un precioso lecho rodeado de venerables dueñas y aun de hermosas doncellas; no obstante que a las que le trujeron a semejante albergue no le pareció, según las señas, que estuviesen en toda la cuadra. Con que, extrañando a las demás, preguntó por ellas, y juntamente quiso saber adónde se hallaba y si sus huéspedes y amigos habían sido avisados de su desgracia. Mas, como a nada de esto para responderle tuviesen licencia, viéndole que, muy penado, insistía en ello y que por entonces no convenía decírselo, poco a poco se fueron levantando, y dejándole solo y con tan grave confusión y desasosiego que, si hallara sus ropas, infaliblemente se vistiera y saliera de dudas.

Empero, con todo esto, más se le pasaron de dos horas que saliese de ellas, gastando aquel espacio en discurrir, pensar y maquinarse sobre el negocio que tenía entre manos, haciendo, con su indisposición y melancolía, discursos tan desvanecidos y tristes, que el mejor fue juzgarse por vencido; y así, o ya presumía que las damas del coche fuesen las mismas del billete, y quien sacándole con su traza al matadero, viéndole en él defender su cabeza, trocando la hoja habían asegurado su castigo con el segundo engaño trayéndole a aquel puesto para mejor vengarse, o que si este disparate mal pensado no fuese, él, sin duda, estaba en poder de don Pedro, su hermano y enemigo mortal; y así, vacilando en uno y otro desatino, viendo que la noche se alargaba, volviendo al tema de querer vestirse, con nueva furia se levantó del lecho y no dejó en todo el aposento lugar alguno que buscando sus vestidos y espada no trastornase; hasta que oyendo de la parte de afuera el ruido que sobre aquesto hacía, o que quizá de intento esperasen aquel punto, o que por otra causa lo hubiesen dilatado, abriendo con ruido una pequeña puerta, recogíendose a su cama don Sancho vio que por ella entraba una mujer en cuerpo, de hasta veinticinco años, pero tan hermosa y gentil, que aunque él en tan diferentes provincias había visto sujetos bizarrísimos, todos respecto del presente le parecieron bosquejo o negras sombras; con que suspenso a tan peregrina vista, retratado en sus ojos, esperó lo que, acercándose a su lecho, le decía.

CAPÍTULO XIII

Dícese quién era aquella dama, y hallándose don Sancho lleno de obligaciones, goza mejor fortuna y nuevo estado

Traía la graciosa dama vestidos solamente los últimos arreos, digo, pretina y faldellín de una tela tan rica que sólo sus reflejos pudieran dar luces a la cuadra; el tiempo era verano, la hora muy cerca a media noche, y así el venir tan ligera se pudo atribuir a estas razones; si bien, no entendiendo el herido en tales circunstancias, más sosegado recorría su

memoria; y atentamente mirando aquel divino rostro (aunque como entre sueños), se le antojaba haberlo otra vez visto.

En este pensamiento sumergido, le cogió la dulce voz de aquella dama, que con halagüeño semblante, y no sin alguna vergüenza y turbación, le preguntaba cómo se sentía; a que, sacando esfuerzo de flaqueza, le respondió don Sancho de aquesta suerte:

-Aunque mis heridas fueran más peligrosas, no es posible que amparado de tal sujeto deje su dueño de recobrar muy presto la salud perdida; y así, hermosa señora, si el haber conocido vuestra piedad puede excusar en mí nuevos atrevimientos, encarecidamente os suplico me digáis en qué prisión estoy o quién es el peregrino alcaide que me guarda; porque si, como sospecho, es el que miro, inmortales quisiera fueran estas heridas, pues alargándose su cura, juntamente se dilatara mi cautiverio y el gusto inestimable de vuestra compañía.

-No encarecéis cobarde (respondió la bizarra dama) vuestros pensamientos, si como sabéis digerillos con palabras, igualáredes a su ejecución con las obras. Mas ya es propia galantería de los hombres prometer grandes cosas a las pobres mujeres, y cumplir después lo que frisa mejor con sus deseos y aun con sus torpezas y apetitos. Yo estoy, señor don Sancho, muy desengañada en lenguaje y lisonjas semejantes; y así también podréis vos excusarlas, creyéndome por cierto, que a no temer lo que menos deseo, que es algún accidente en vuestra salud, que no excusara el absolver vuestras preguntas fácilmente; porque no obstante que lo apesure vuestro mal conocimiento, en fin, conmigo puede más el cuidado que he dicho y la cura de que por ahora tanto necesitáis.

-No ha de ser eso causa (replicó el sospechoso caballero) para que por más tiempo me permitáis estar confuso; porque ni el achaque presente es inconveniente que importe a un hombre que ha pasado por otros innumerables y semejantes peligros, ni mi paciencia y sufrimiento podrá más tolerarse sin precipitarme primero por aquehas ventanas: fuera de que os aseguro y certifico que ni aun caerse sobre mí aquesta casa me ocasionara mayor turbación y disgusto que el negarme lo que os he suplicado, y vos debéis hacer por no ponerme en desiguales riesgos.

De esta suerte, alterado replicaba don Sancho, cuando, sentándose la dama encima de su lecho, advirtiendo con su sospecha tan terribles razones, sin poder resistirlo, comenzó, si no a verter menudo aljófara de sus ojos, al menos un líquido cristal en vez de lágrimas; de cuya novedad más admirado, queriendo proseguir menos colérico, le suspendió el ver que la llorosa dama, envueltas entre ardientes suspiros, pronunciaba estas dulces razones:

-¿Es posible, amado señor mío, que así tan por la posta, como ahora reconozco en vuestro olvido, pasaron en ese noble pecho los sucesos amargos que ya tuvisteis en esta triste casa; y es posible que con tanta crueldad os hayáis persuadido a despedir del corazón, del alma, una mujer que en esta misma cuadra, en este mismo lecho, no ha diez años, que hallasteis descuidada del miserable fin que halló su honra entre esos brazos? ¿Y es posible, señor, que así los caballeros traten tales mujeres, y que sin acuerdo de vuestra obligación hayáis dejádome llegar a aquestos términos de tristeza y edad, sin gusto, sin consuelo, y sobre todo sin remedio e incasable, siendo yo aquel sujeto a quien para su esposa pretendieron tan grandes personajes, tantos títulos nobles y tantos poderosos

caballeros? ¿Cómo, y que esto permitan los cielos que nos oyen, y el más cortés y virtuoso de los hombres, y que a tan largo llanto, a tan continuas lástimas y ruegos, no se hayan condolido los unos ni enternecido los otros? Compadézcense, pues, en esta alegre noche, alegre porque os gozan estos ojos, de quien, aunque forzada, sois el dueño. Cesen, pues, mis desdichas; suéldense ya mis males y miserias: para vos me eligió el cielo, para vos ha guardado la más espantosa máquina de hacienda que hasta hoy vio la Europa; gozadla, pues, querido señor mío; despendan mis riquezas esas manos, sírvanos de esplendor, después de tantas fatigas; y si ya mi triste desventura, mi contraria suerte a tan fuertes razones, a obligaciones tales cerrasen por mi mal esos oídos, rendida estoy a vuestros pies; vuestro gusto obedezco, vuestro gusto adoro, y cumpliréle con acabar llorando la necia confianza que hice de vuestra fe, el crédito que di a vuestras palabras y la piedad que, por salvaros, usé tan a costa de mi honra. Mas si esto así queréis, si esto os parece justo, al menos, señor mío, no quede así la hacienda de mis padres; no quede, no, ya que yo me he perdido, al albedrío de mis deudos, a la distribución de albaceas; tratad siquiera de que este retrato vuestro (y aquí sin pasar adelante, levantándose y llegando a la puerta por donde había entrado, volvió, trayendo un ángel de la mano, un hermoso rapaz de hasta diez años, y prosiguió su razón tornando a repetir): que este retrato vuestro, este consuelo único de mi alma, quede de puerta en puerta. Vuestro y mío es, noble don Sancho; esta prenda tan sola me dejasteis alimentada con mi sangre, criada entre mis lágrimas y gemidos; pagadme en remediarle, como os pido, los trabajos que padecí tantos tiempos, encubriéndole y recatándole de mi madre y criados; las ansias y congojas con que siempre en un lecho pasé por el mismo temor, los mortales dolores y la incomodidad con que en tan tiernos años le saqué a luz; y finalmente, la afrenta y vergüenza del descubrir mi falta y el trabajo, traza y cautela con que, fingiendo nos le habían echado a la puerta, dispuse su crianza, su regalo y educación en mi propia casa. Grandes son estas causas, grandes vuestras obligaciones, no indigno mi sujeto, ni mi calidad y bienes de fortuna desestimables; consideradlo bien, don Sancho mío; pensad cosas tan arduas esta noche; quizá algún astro feliz inclinará a mi amparo vuestra voluntad.

-Mucho siento, señora mía, y tanto como el peligro que a vuestra casa y a daros este enojo me redujo, la pasión con que os miro y considero por tantos caminos temerosa de ver, y con razón, hombre no conocido y a semejantes horas en tal puesto; mas el aprieto y riesgo de mi vida, y la natural defensa suya, me obligó a que, viniendo huyendo de quien deseaba quitármela, y hallando esta casa abierta, me valiese de su sombra para mi receptáculo y custodia; con que de un aposento y cuarto en otro, he llegado hasta aquí, anhelando siempre por quien pusiese, con seguridad y salida secreta, límite a mis cuidados; y nunca he descubierto, hasta ver este milagroso portentoso, persona a quien recomendar mi necesidad y aflicción, y así, piadosamente, pudiendo darles el remedio que pido, os suplico por su ejecución, pues seguramente podréis creer que ni mis riesgos han buscado otra cosa, ni el noble ser que tengo, aunque vos le ignoréis, me la permitirá emprender.

Había estado el tiempo que duró esta breve plática considerando, aunque temerosa, la gentil dama el rostro grave, la persona bizarra y la compostura y discreción de aquel hombre que la estaba hablando; y pareciéndole no haber visto en sus pocos años tan grande perfección, poco a poco, haciendo juntamente sus partes la blandura de sus

razones, la piedad de sus ruegos, fue perdiendo el medroso desvelo. Y resolviéndose a favorecerle, sacándole del presente peligro, con mejor semblante le respondió que ella le pondría en salvo; y que mientras para hacerlo se vestía, descansase consolado de haber llegado a casa que por dos o tres puertas podían darle el seguro que buscaba.

Serían en este tiempo las doce de la noche; y así, al dejar de maitines, tirando las cortinas a su cama, brevemente salió vestida de un faldellín francés, ropa de levantar, y uno y otro de precioso tabí, que no poco aumentaban sus visos y reflejos a la secreta fuerza de los hermosos ojos de su dueño; cuyo talle bizarro, aunque al parecer de no dieciséis años, era sumamente gentil. Abrió con esto otra segunda puerta de su cuadra, y siendo guía a don Sancho, bajando un caracol, dieron en el jardín que arriba dije, cuya fragancia, tanto como las sombras y bosquejos que de sus cuadros, cenadores, altas paredes y doradas rejas descubría la luna, dejaron al mancebo en larga admiración; mas sacóle de ella el ver que, acercándose a una puerta que a su parecer y según el desatiento que traía saldría al campo, siendo la verdad que no correspondía sino al Alameda, aunque a distante sitio del de su pendencia, llamándole la dama, le decía advirtiese el gran alboroto que sonaba, quizá efectos de su misma ocasión; y que así le parecía suspendiese el propósito hasta más sosegar. Obedeció don Sancho este consejo, y juntamente la siguió a un hermoso cenador, adonde sentándose los dos, a ruego de tal huésped, porque ya con menos miedo le miraba, contó sin nombrar los sujetos, digo a sí y a su hermano, todo el suceso referido.

CAPÍTULO XIII

Dícese quién era aquella dama, y hallándose don Sancho lleno de obligaciones, goza mejor fortuna y nuevo estado

Traía la graciosa dama vestidos solamente los últimos arreos, digo, pretina y faldellín de una tela tan rica que sólo sus reflejos pudieran dar luces a la cuadra; el tiempo era verano, la hora muy cerca a media noche, y así el venir tan ligera se pudo atribuir a estas razones; si bien, no entendiendo el herido en tales circunstancias, más sosegado recorría su memoria; y atentamente mirando aquel divino rostro (aunque como entre sueños), se le antojaba haberlo otra vez visto.

En este pensamiento sumergido, le cogió la dulce voz de aquella dama, que con halagüeño semblante, y no sin alguna vergüenza y turbación, le preguntaba cómo se sentía; a que, sacando esfuerzo de flaqueza, le respondió don Sancho de aquesta suerte:

-Aunque mis heridas fueran más peligrosas, no es posible que amparado de tal sujeto deje su dueño de recobrar muy presto la salud perdida; y así, hermosa señora, si el haber conocido vuestra piedad puede excusar en mí nuevos atrevimientos, encarecidamente os suplico me digáis en qué prisión estoy o quién es el peregrino alcaide que me guarda; porque si, como sospecho, es el que miro, inmortales quisiera fueran estas heridas, pues alargándose su cura, juntamente se dilatara mi cautiverio y el gusto inestimable de vuestra compañía.

-No encarecéis cobarde (respondió la bizarra dama) vuestros pensamientos, si como sabéis digerillos con palabras, igualárades a su ejecución con las obras. Mas ya es propia galantería de los hombres prometer grandes cosas a las pobres mujeres, y cumplir después lo que frisa mejor con sus deseos y aun con sus torpezas y apetitos. Yo estoy, señor don Sancho, muy desengañada en lenguaje y lisonjas semejantes; y así también podréis vos excusarlas, creyéndome por cierto, que a no temer lo que menos deseo, que es algún accidente en vuestra salud, que no excusara el absolver vuestras preguntas fácilmente; porque no obstante que lo apesure vuestro mal conocimiento, en fin, conmigo puede más el cuidado que he dicho y la cura de que por ahora tanto necesitáis.

-No ha de ser eso causa (replicó el sospechoso caballero) para que por más tiempo me permitáis estar confuso; porque ni el achaque presente es inconveniente que importe a un hombre que ha pasado por otros innumerables y semejantes peligros, ni mi paciencia y sufrimiento podrá más tolerarse sin precipitarme primero por aquehas ventanas: fuera de que os aseguro y certifico que ni aun caerse sobre mí aquesta casa me ocasionara mayor turbación y disgusto que el negarme lo que os he suplicado, y vos debéis hacer por no ponerme en desiguales riesgos.

De esta suerte, alterado replicaba don Sancho, cuando, sentándose la dama encima de su lecho, advirtiéndole con su sospecha tan terribles razones, sin poder resistirlo, comenzó, si no a verter menudo aljófar de sus ojos, al menos un líquido cristal en vez de lágrimas; de cuya novedad más admirado, queriendo proseguir menos colérico, le suspendió el ver que la llorosa dama, envueltas entre ardientes suspiros, pronunciaba estas dulces razones:

-¿Es posible, amado señor mío, que así tan por la posta, como ahora reconozco en vuestro olvido, pasaron en ese noble pecho los sucesos amargos que ya tuvisteis en esta triste casa; y es posible que con tanta crueldad os hayáis persuadido a despedir del corazón, del alma, una mujer que en esta misma cuadra, en este mismo lecho, no ha diez años, que hallasteis descuidada del miserable fin que halló su honra entre esos brazos? ¿Y es posible, señor, que así los caballeros traten tales mujeres, y que sin acuerdo de vuestra obligación hayáis dejádome llegar a aquestos términos de tristeza y edad, sin gusto, sin consuelo, y sobre todo sin remedio e incasable, siendo yo aquel sujeto a quien para su esposa pretendieron tan grandes personajes, tantos títulos nobles y tantos poderosos caballeros? ¿Cómo, y que esto permitan los cielos que nos oyen, y el más cortés y virtuoso de los hombres, y que a tan largo llanto, a tan continuas lástimas y ruegos, no se hayan condolido los unos ni enternecido los otros? Compadézcanse, pues, en esta alegre noche, alegre porque os gozan estos ojos, de quien, aunque forzada, sois el dueño. Cesen, pues, mis desdichas; suéldense ya mis males y miserias: para vos me eligió el cielo, para vos ha guardado la más espantosa máquina de hacienda que hasta hoy vio la Europa; gozadla, pues, querido señor mío; despendan mis riquezas esas manos, sírvanos de esplendor, después de tantas fatigas; y si ya mi triste desventura, mi contraria suerte a tan fuertes razones, a obligaciones tales cerrasen por mi mal esos oídos, rendida estoy a vuestros pies; vuestro gusto obedezco, vuestro gusto adoro, y cumpliréle con acabar llorando la necia confianza que hice de vuestra fe, el crédito que di a vuestras palabras y la piedad que, por salvaros, usé tan a costa de mi honra. Mas si esto así queréis, si esto os parece justo, al menos, señor mío, no quede así la hacienda de mis padres; no quede, no, ya que yo me he perdido, al albedrío de mis deudos, a la distribución de albaceas; tratad

siquiera de que este retrato vuestro (y aquí sin pasar adelante, levantándose y llegando a la puerta por donde había entrado, volvió, trayendo un ángel de la mano, un hermoso rapaz de hasta diez años, y prosiguió su razón tornando a repetir): que este retrato vuestro, este consuelo único de mi alma, quede de puerta en puerta. Vuestro y mío es, noble don Sancho; esta prenda tan sola me dejasteis alimentada con mi sangre, criada entre mis lágrimas y gemidos; pagadme en remediarle, como os pido, los trabajos que padecí tantos tiempos, encubriéndole y recatándole de mi madre y criados; las ansias y congojas con que siempre en un lecho pasé por el mismo temor, los mortales dolores y la incomodidad con que en tan tiernos años le saqué a luz; y finalmente, la afrenta y vergüenza del descubrir mi falta y el trabajo, traza y cautela con que, fingiendo nos le habían echado a la puerta, dispuse su crianza, su regalo y educación en mi propia casa. Grandes son estas causas, grandes vuestras obligaciones, no indigno mi sujeto, ni mi calidad y bienes de fortuna desestimables; consideradlo bien, don Sancho mío; pensad cosas tan arduas esta noche; quizá algún astro feliz inclinará a mi amparo vuestra voluntad.

CAPÍTULO XIV

Prosigue el suceso y absuélvense las dudas y suspensión pasada

A estas razones últimas llegaba vertiendo espesas lágrimas la hermosa dama acompañada con igual sentimiento del ángel bello que sacó por padrino, cuando el noble caballero, como quien despierta de un pesado letargo, despidiendo del alma tantas dudas y mayores congojas, quedó tal cual podéis ponderar; oyendo tales cosas, mirando tales prendas, y reconociendo la verdad, el suceso, su culpa y obligación; con lo cual, cubriéndosele el cuerpo de un sudor frío, el alma de opresiones y verdades y el rostro de tiernas lágrimas, sin poder hacer menos, forzado por infinitos modos, obligado por tantos caminos y contento con tan extrañas dichas, abrió los brazos, recogió madre y hijo, llamó esposa a su dama, dio nombre de padre a su retrato mismo y, finalmente, sin interrumpir tanta gloria, sin dilatar su justa satisfacción, hizo llamar a algunos criados, y en su presencia, y en la de su madre, que ya oyendo el suceso (que ella había así dispuesto) llegaba a abrazar el nuevo yerno, dio la mano de esposo a su hermosa hija; y con ella principio al regocijo y fiestas de su casa y familia; de quien luego entendió cómo su esposa era no menos que el forzoso heredero del riquísimo Claudio, la hermosísima Florianita, el famoso Desdén del Alameda, el engaño amoroso de su hermano don Pedro, la que él forzó la noche de sus heridas; y últimamente, la mujer más perfecta, más rica y virtuosa de la mitad del orbe; con que, satisfecho del todo, quedó loco de gusto, admirado del suceso y sobremanera glorioso de haber puesto con él un firme clavo a la inconstante rueda.

Y ciertamente don Sancho podía, con justísimas causas, tenerse por dichoso; porque no sé yo quién será el ciego y falto de discurso que así no lo confiese, ponderando el fracaso de aquella triste noche, el hallar la puerta abierta para tan gran ventura, la impensada fuerza, el rigor de la justicia, la piedad de los amigos, la buena suerte de los Países, la merced de su rey, el amor de sus naturales, el socorro de tan grave traición, sus inopinadas heridas y la cura y servicio que para ellas tuvo y, últimamente, el impensado fin y paradero de su carrera. ¿Quién, pues, será en esta ocasión el atrevido que dé al

soberbio don Pedro, al que tenía por acabadas sus pretensiones, al que con tantos años de servicios y gastos increíbles se juzgaba por digno de mayores empresas, aquesta triste nueva, aquesta impensada salida y la última resolución y desengaño de su amor? Ciertamente que, aunque él no merece ninguna lástima, no puedo excusarla en mi pecho; mas tales disposiciones y rodeos son secretos juicios de Dios, a quien hemos de venerar y no inquirir.

Don Pedro, persuadido a que Floriana le quería, juzgaba esta falsa sospecha por certísima, trayendo a la memoria el sentimiento que hizo por tan largos días cuando fue herido; mas ahora entendido este caso, ¡oh cuán burlado se hallaría, porque lo cierto fue que la triste señora entonces lloraba su desdicha y encubría su preñez! Y como ésta empezó la noche de sus heridas y duró lo necesario y forzoso, engañó con iguales apariencias tan locas esperanzas; y así, despreciando tales casamientos con ansia de su madre y pena propia, dio lugar que mientras ella libraba en solo Dios el remedio de su perdida honra, atribuyendo su tristeza a presunción, su austeridad y suspensión a otros intentos vanos, creciese el título de desdeñosa, y las quejas de sus pretendientes y amantes, si bien en tantos tiempos nunca su madre presumió la causa, pues de haberla entendido, llano es que en estos días últimos no intentara, aunque a más no poder, el casarla con su cuñado, y así es certísimo que hasta la noche del festín que Floriana reconoció a don Sancho, y aun danzó con él, el volver a su casa con tan grave y repentino alboroto y algunos congojosos desmayos, la hicieron juzgar su última hora, y juntamente por cosa necesaria el dar cuenta a su madre del suceso; con que no desconfiándola, antes como mujer prudente asegurando su perdida esperanza, la hizo no sólo recobrar el sosiego, más aún, dispuso el acuerdo de hablarle, y trazó para ello el billete y recaudo que habéis oído; porque la verdad fue que Floriana le escribió, y no las otras damas que él esperaba; las cuales, quizá en saliendo del sarao, no se acordaran más de su concierto, ni aun de que tal hombre estuviese en el mundo. En fin, todas aquestas cosas entendió don Sancho, tan alegre y gustoso con su nuevo estado, cuanto alentado y fuerte en sus heridas; tanto puede un súbito contento, un no esperado bien.

CAPÍTULO XV

Despósase don Sancho; búscale la justicia; quieren hacerla en don Pedro; socórrele su hermano, y tiene fin la historia

En medio de este gusto, o, por mejor decir, en sus principios, apenas rayaba el sol los chapiteles y balcones dorados de Floriana, cuando llamando con grandes golpes a sus puertas, entendida la causa, fue avisado de que el Asistente mismo, acompañado de otros caballeros y muchos ministros de justicia, preguntaban por él; y así, aunque presumió luego lo que era, no dándosele mucho, hizo que les saliesen a recibir; y finalmente, en viéndose, el uno salió de cuidado (porque el Asistente, respecto de la recomendación de Su Majestad, le tenía grandísimo), y el otro entró en otros en su tanto mayores. Admiróle, y no poco, el hallarlo en tal casa; porque, aunque traía barruntos y premisas de ello por haber entendídose el socorro y ayuda que le dieron sus dueños, así con sus criados como con su carroza, nunca se persuadió a que habría sido para más que ponerle en cobro, y así su diligencia más era a informarse de él que a buscarle en tal parte. Mas cuando, enterado

en todo el caso, miró a don Sancho como a dueño absoluto de la hermosa Floriana, no pudo encarecerle su alegría, antes en demostración de ella se ofreció como padrino de sus bodas, y queriendo con tanto despedirse, ya en pie, por contera de su plática, les refirió que, así el herido que dejó en vez de muerto, como otros dos de los que habían huido, estaban en la cárcel, y confesos en su delito y culpa; en la cual, por principal actor y delincuente condenaban no menos que a don Pedro su hermano, que sin temor del cielo ni aun del real amparo que le obligaba a un crimen lesse, les había inducido a que por quinientos escudos le matasen, y que, andando muchos días antes en su espía, la tarde precedente, valiéndose de su descuido y soledad le habían acometido, según habéis oído; y no parando en esto el Asistente, concluyó su razón con decirle cómo también su hermano, prevenida la fuga que hacía a Portugal, estaba ya en la torre y puerta de Triana con prisiones y guarda suficientes. Despidióse con esto dejando al herido don Sancho con nuevas lástimas y aun mayores cuidados, y tan en sumo grado que, temiendo el peligro de su hermano, sin reparar en el suyo ni en la traición y maldad cometida, juzgó por malograda su alegría y aun por muy necesario el consuelo de su nueva desdicha.

¡Oh poderosa fuerza de un ánimo justamente generoso y honrado! ¿Quién creará semejantes extremos, y quién el exceso notable que poco después de esto ejecutó sobre la misma causa? En cuya prosecución y sustancia, dando el Asistente cuenta de todo al rey, fue sentido el suceso por sumo atrevimiento, y encargándole con veras su castigo en breves días, fue don Pedro sentenciado a degollar, si bien él estaba, con haber entendido su desengaño y la buena fortuna de su hermano, tan desesperado y doliente que hizo poco caudal de la sentencia; y no cesando en esto sus desdichas, como fuese el sujeto melancólico, cavando poco a poco en sus discursos, sin poder reprimirse, cayó en tal enfermedad, que a los primeros accidentes le turbó el juicio.

Con todo, en tanto aprieto, sus deudos apelaron al Audiencia; pero importara menos esta diligencia si el piadoso don Sancho, con ánimo de verdadero hermano, no acudiera a su defensa. Y así, aun sin estar convaleciente, entendida la presurosa sentencia que amenazaba a don Pedro, y la certeza de su confirmación, con tácito seguro de que en veinte días no se ejecutaría, a pesar de su esposa, partió en ligeras postas a Madrid, que, a no ser tan robusto, esto sólo le costara la vida. Y en llegando se echó a los pies del rey y le pidió la vida de su hermano; y no obstante que aquella su admirable severidad suspendió la respuesta más de lo que el término pedía, el noble caballero hizo tantos esfuerzos y se valió de tan grandes favores que, al fin, alcanzó su perdón, mas con tal cortapisa que luego se entrase en religión y profesase en ella, y esto por haber entendido el estado de su enfermedad, que si no su profesión fuera en Orán o Melilla; y finalmente, aplicó de hecho su hacienda y mayorazgo al forzoso heredero, cosas que, aunque al parecer eran muy duras, don Sancho las aceptó en su nombre y con la misma prisa. Después de haber cumplido su deber y respetos volvió a Sevilla y a su casa, adonde de una y otra fue recibido y celebrado con voluntad y amor jamás oído.

Publicóse el perdón, y así don Pedro se entró en el convento de San Pablo, adonde, apretado de su enfermedad, cayendo y levantando, vivió dos años, sin que en ellos su hermano tratase de la aplicada hacienda, como ni la admitiera si viviera dos siglos. Con lo cual, quedando para caballero particular el más rico y poderoso de España, y habiéndose celebrado sus casamientos con el mayor aplauso que vio Sevilla, vivió en ella

en compañía de su amada esposa y en correspondencia inviolable con sus dos amigos los hermanos flamencos; y teniendo ocho hijos y otra hermosa Floriana, a todos les fundó grandiosos mayorazgos y a todos los vio puestos en estados dignos a su calidad, que fue la última felicidad de sus buenas dichas, y la mayor que puede haber en esta vida transitoria y perecedera.